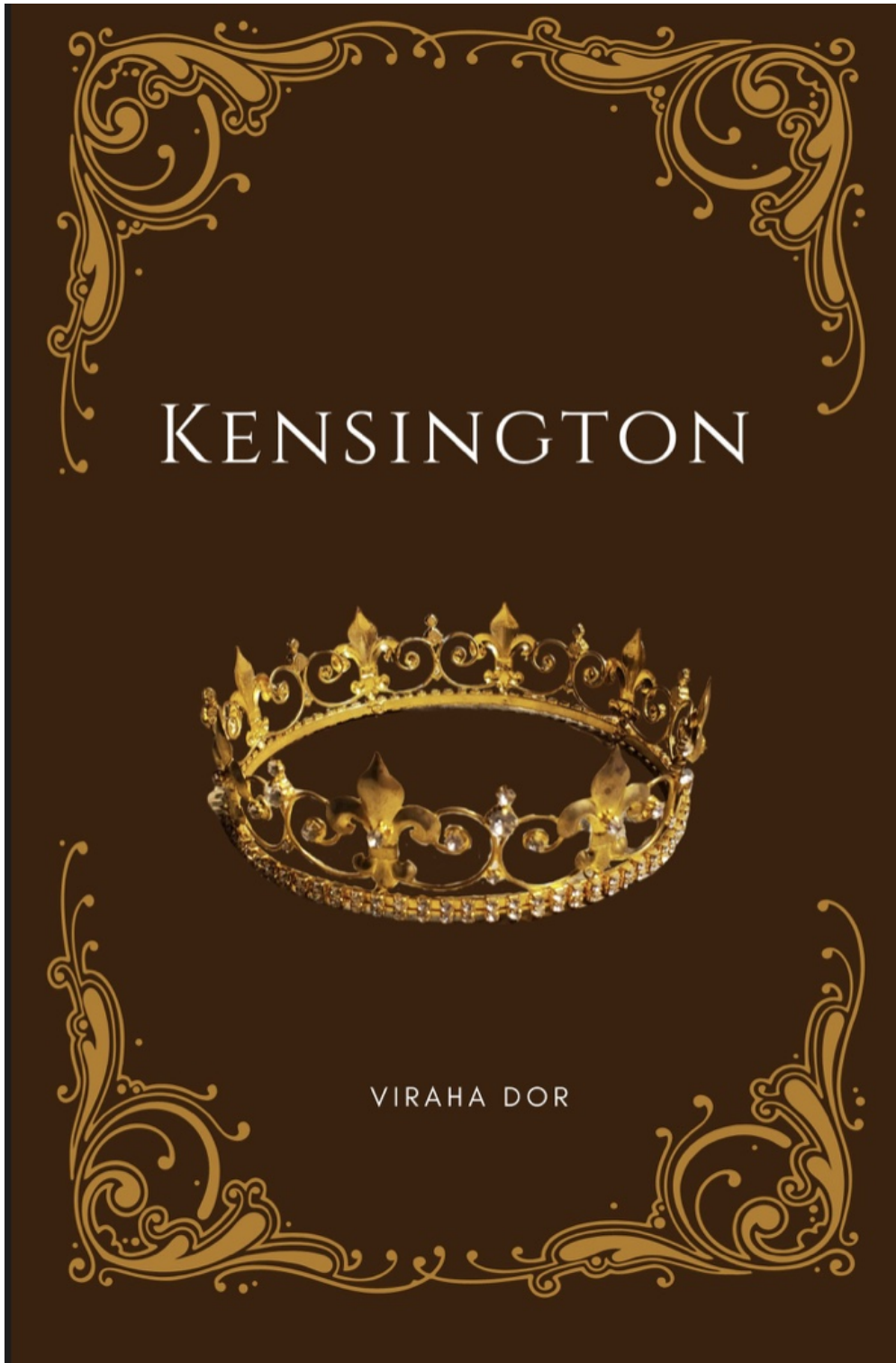


Kensington

Viraha Dor



Capítulo 1

Prólogo

Se llamaba Luka.

Había sido mi mascota durante casi un año, mucho antes de que todo esto comenzara. Lo encontré en una caja de cartón en la calle, junto a un sillón viejo, bolsas de basura y un árbol sin hojas. Era una bola café oscuro de pelo esponjoso y sucio, apelmazado en algunas partes por la mugre y lo que parecía ser dulce. Estaba llorando bajito y por eso creí que lo estaba imaginando. Me dirigía a la escuela esa mañana. Mis audífonos no tenían batería así que el camino era silencioso y por esa razón pude escucharlo. Por un momento pensé que sería un perro moribundo y dudé antes de acercarme a la caja ya que el aroma a basura era demasiado intenso. Esa pequeña bolita de pelos alzó sus patas en cuanto me asomé a la caja. Sus ojos eran café claro y su nariz era negra. Rascó el cartón como si me pidiera ayuda y no dejaba de llorar.

¿Qué puedo decir? Tengo un corazón débil hacia los seres inofensivos como los perros. En especial con aquellos que son abandonados en la calle a su suerte. Así que lo tomé dentro de la caja y regresé a mi casa para bañarlo, alimentarlo o lo que hiciera falta. Falté a la escuela ese día, pero no era un problema porque no lo hacía con mucha frecuencia. Mis amigos me enviaron los apuntes y las tareas para que pudiera hacerlas en casa y yo pasé toda la mañana con Luka, alimentándolo, cargándolo, arrojándolo. No estaba seguro de qué dirían mis papás al verlo, pero dudaba que lo echaran a la calle de nuevo. En especial mi mamá, que tenía un corazón tan débil como yo. Ellos dos trabajaban en una empresa de aviones y partían desde muy temprano para volver en la noche. Los veía poco tiempo al día. Mi hermano mayor estaba de intercambio en Canadá por lo que restaba del año. Así que estaba solo, al menos hasta que Luka llegó. La verdad, no sé cómo pude amarlo tanto en tan poco tiempo, pero fue inevitable no hacerlo.

Durante la primera noche intenté hacer que se quedara en una cama que le hice con una sudadera vieja de mi hermano. Lo acomodé en el suelo a un lado de la cama, lo dejé ahí antes de meterme bajo las cobijas y apagar la luz. Comenzó a llorar bajito casi de inmediato. Intenté acariciarlo, dejarle un peluche de su tamaño a su lado, le tataba. Nada funcionó. Hasta que lo subí a mi cama, por supuesto. Entonces durmió como un angelito entre mis dos almohadas. Yo no hice lo mismo. Es que me daba pánico pensar que podría aplastarlo si me quedaba dormido, era

como un angelito. Más o menos. Luka tenía un extraño reloj interno en el que exactamente a las cinco de la mañana, se despertaba como si estuviera poseído y comenzaba a tirar de mi cabello y a morder mis orejas o todo lo que tuviera al alcance y cuando digo todo, me refiero en realidad todo, incluso aquellas partes que fueron hechas para ser tratadas con cariño.

Así comenzaron mis largas noches de insomnio junto a Luka. Después de unos meses creció un poco más y pude dormir más tranquilo. A veces lo tiraba de la cama sin querer. A veces él me tiraba de la cama a mí. Teníamos una extraña relación amor-odio. Por ejemplo, yo salía al patio para limpiar su excremento y él me veía desde la puerta como si pensara "Bien, esclavo. Sigue limpiando". Y yo me arrepentía de haberlo rescatado, porque siempre, siempre guardaba un pequeño pedazo que dejaba como un regalo detrás de mí para que yo lo pisara ensuciando mis zapatos favoritos y él me miraba bostezando (como si no durmiera todo el día). Pero después, cuando yo entraba al baño para tomar una ducha, él esperaba sentado afuera mirando hacia el pasillo como si me estuviera cuidando. Era gracioso porque su tamaño era diminuto. Cualquier amenaza le pasaría encima sin problemas, pero él se sentaba ahí como si no le importara y solo quisiera protegerme. Hasta que escuchaba un sonido y entonces brincaba como un gato y rascaba la puerta como si dijera "¡Dean, déjame entrar. Hay algo aquí afuera!"

Lo amaba con todo el corazón, quizá más de lo que se puede expresar con palabras y sabía que él me amaba también. Cada mañana, después de su ataque de locura, se volvía a dormir con la cabeza sobre mi cuello, como si quisiera sentir mi pulso. Cuando yo me estiraba él se levantaba bostezando, se arrastraba hasta acostarse sobre mi hombro, agitando la cola y lamiendo mi mejilla. Era su forma de decirme buenos días, o eso creía.

Y la vida era normal, cotidiana, incluso un poco aburrida. La rutina era la misma día tras día, semana tras semana. No me molestaba, había cierta dulzura en la tranquilidad de una vida ordinaria. No buscaba nada más, no anhelaba nada diferente. Mis momentos favoritos eran cuando nos sentábamos todos en la mesa: mamá, papá, mi hermano mayor y yo, y charlábamos de cualquier cosa sin mayor importancia como lo extraño que era agregar piña a la pizza. Esa vida era todo lo que deseaba, pero como sucede muy a menudo, el destino tenía planeado algo diferente que llegó de la peor manera.

Aprendí que los monstruos existían. Aprendí que la vida no siempre es real y que la verdad puede manipularse de tantas formas. Mi mundo se derrumbó y yo solo podía verlo, sin hacer nada más. Todo lo que conocía, lo que creía conocer, se desvaneció.

Capítulo 2

¿Dean? ¿Como Dean Winchester? Sí, exactamente como él. ¿Quién le pondría ese nombre a su hijo basado en un personaje de una serie sobrenatural? Fácil: mi mamá. Ella decía que él fue su primer amor platónico. Pero no, mi hermano no se llamaba Sam, aunque creo que ella quería usarlo, mi papá (gracias a Dios) no lo permitió. Hicieron el trato: él escogería el primer nombre y ella el segundo. Así que mi hermano tenía un nombre genial y normal como Alex (diminutivo de Alexander que me daba material suficiente para molestarlo porque detestaba que usara su nombre completo), y yo el de una serie que nunca he visto. Después de lo que sucedió creo que el nombre es apropiado, porque no soy nada normal. En realidad Dean y yo teníamos más cosas en común de lo que pensaba al principio.

No sé si debí haberlo notado. Había huecos, grandes y profundos. Era imposible no verlos, pero por alguna extraña razón, yo no podía verlos. No aún. Quizá simplemente no quería verlos y, cuando todo pasó, cuando por fin todo explotó, no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Cada vez que lo recuerdo me siento culpable y triste. Todo comenzó un fin de semana en el que Luka y yo estuvimos en cama casi todo el día jugando videojuegos. Mi favorito era "Héroes de Leyenda" porque podías fingir que eras un superhéroe con poderes geniales y derrotabas a los villanos en cada misión especial mientras avanzabas en la historia hasta llegar al peor: Koa. Era un hombre mitad demonio mitad humano, descendiente de Hades que resguardaba el inframundo. Tenía una mascota genial llamado Cerbero que, con sus magníficas tres cabezas, siempre mataba a cualquier héroe. Muy pocos habían logrado derrotar a Koa. Yo no estaba ni cerca. Parecía que no tenía ni las habilidades ni las cualidades necesarias para eso. En realidad no parecía tener cualidades para nada.

Así que después de ser derrotado épicamente por una horda de almas errantes, Luka y yo bajamos a la cocina por un poco del pay que mi mamá había llevado la noche anterior. Luka siempre caminaba detrás de mí, sin importar a dónde iba, no le importaba si hacía frío o si tenía sueño. Él siempre estaba conmigo. Y ahí estábamos, comiendo, en medio del silencio. Me gustaba el silencio, aunque a veces no lo toleraba, no me agradaba tener nada que pudiera interrumpirlo demasiado. Solía poner el sonido de la lluvia en mi celular, era un sonido suave y relajante.

Luka fue el primero en darse cuenta de que algo andaba mal. Paró las orejas y se giró hacia la puerta trasera. Comenzó a gruñir y yo solo le dije que se callara, como si estuviera seguro de que no había nada que temer. Simplemente como si lo supiera, pero sí había algo. Mejor dicho, alguien. Vi sus ojos rojos primero, encendidos como fuego, asomados por el cristal de la puerta. Luka comenzó a ladrar y yo me quedé petrificado sin saber qué hacer. Eso, lo que haya sido, puso la mano contra el vidrio y una lava

espesa y naranja descendió por la madera, quemándola. De pronto se convirtió en una llamarada que se expandió por la cocina y apenas tuve tiempo de tirarme al suelo antes de que me quemara. Todo se incendió de inmediato. Hubo una explosión o un terremoto, no lo recuerdo. La casa se sacudía, las paredes crujían, el techo caía sobre mí y lo siguiente que noté es que esa cosa, esa figura humana estaba sobre la barra de la cocina mirándome. Parecía ser una mujer en los huesos, con un cabello largo mal cortado, enmarañado y lleno de suciedad. Lucía un vestido gastado y roto e iba descalza. Me sonrió con dientes ensangrentados. Retrocedí por puro instinto. Entonces escuché que Luka ladraba, como si intentara amenazarla, como si pudiera hacer algo e incluso intentó lanzarse para protegerme. Lo amé aún más en ese momento. Dejó de ladrar cuando esa mujer elevó las manos al techo y un trozo de madera cayó con fuerza sobre él, aplastándolo. Mi corazón se partió en dos cuando escuché el crujir de sus huesos y el leve gemido que logró emitir. Me levanté y corrí hacia la sala, pero para entonces ya todo estaba en llamas.

Ella estaba detrás de mí sin que me diera cuenta, me tomó del cuello y me levantó del suelo, incluso cuando era más baja que yo. Me estaba asfixiando mientras yo pataleaba y le golpeaba los brazos para que me soltara.

—*Kensington* —siseó apretando el agarre. La visión se me nublaba. Sentía sus afiladas uñas enterrándose en mi piel, abriéndome heridas que comenzaban a sangrar.

Mis intentos de liberarme perdieron fuerza poco a poco mientras quedaba inconsciente bajo su agarre, hasta que las luces se apagaron y solo había oscuridad.

□□

Nos mudamos, como era de esperarse. O eso me dijeron. A mí me metieron a un hospital psiquiátrico porque seguía repitiendo que había sido una criatura extraña, que ella había hecho todo eso. No ayudó en nada cuando buscaron las cámaras de la calle, hacia la entrada trasera y no vieron nada. La noche estaba silenciosa y de pronto mi casa envuelta en llamas. Yo sí la veía, veía la forma en que se arrastraba, igual que un ente sobre el suelo enterrando las uñas en el pavimento. Grité que estaba ahí. Todos, mis padres, la policía y bomberos me miraron como si estuviera loco. Ahí comprendí que solo yo podía verla.

Nadie me creyó, a pesar de ver las marcas en mi cuello, la evidencia de que sus huesudos dedos me sostuvieron hasta que perdí el conocimiento. Me preguntaron si había intentado hacerme daño o si había intentado suicidarme, aunque la herida en mi cuello no coincidiera con una soga. Me preguntaron una y otra vez si había sido un robo o un atentado. Buscaron fugas de gas, fallas eléctricas, todo. No encontraron una razón del por

qué. Le rogué a mis papás que me creyeran, que por favor me escucharan, pero no lo hicieron y después de un tiempo, yo también dejé de hablar. Tenía pesadillas con lo que había sucedido y me despertaba gritando en las noches. Así que me internaron y yo dejé que lo hicieran porque incluso me convencí a mí mismo que todo estaba en mi imaginación.

□□

La habitación del psiquiátrico era blanca. El piso, el techo, las paredes. Mi ropa también era blanca. Las sábanas también.

Tenía una ventana con barrotes que daba hacia el jardín con habían árboles altos, arbustos, bancas para sentarse y una fuente. Algunas flores lo pintaban de color, pero todo era verde. Todos los días tomaba mis medicamentos, iba a la sala de convivencia, comía, hablaba con mi terapeuta. Él decía que la criatura había sido una alucinación. Que era una forma en la que mi cerebro procesaba lo que había sucedido. Comencé a creerle después de unas semanas. Tal vez yo lo había hecho. Tal vez yo había comenzado el incendio y yo había matado a Luka, pero mi cerebro no lo podía asimilar.

Aunque podía recordarlo. El calor, los ojos rojos, su apariencia. Recordaba su mano en mi cuello mientras susurraba esa palabra: Kensington. Sus manos hacia el techo, arrojándole un trozo de madera a Luka. Perro tonto. Ojalá hubiera huido. Ojalá hubiera corrido a esconderse y me hubiera dejado ahí a mí.

No tenía amigos en ese lugar. No en realidad, pero pasaba las tardes jugando dominó con algunos de los dementes-cuerdos que no hacían cosas como gritar que un enano los perseguía a la mitad de la habitación, o los que bailaban sin música y sin compañía. Me sentaba ahí junto a la mesa, con una señora de cabello largo y blanco llamada Marie, y un hombre de barba espesa con una barriga pronunciada llamado Don. Le faltaban todos los dientes de enfrente, así que cuando se reía por haber ganado, tenía una vista de sus encías enrojecidas. A la mujer la habían abandonado ahí sus hijos porque no querían hacerse cargo de ella. Llevaba muchos años encerrada en ese lugar e incluso había comenzado a alucinar un poco.

—Si no estás loco, estar aquí te vuelve loco.

Me decía eso siempre. Quizá tenía razón.

□□

Un chico se me acercó la tercera semana después de haber ingresado al psiquiátrico. Yo estaba jugando dominó con Marie y Don, y ella nos iba

ganando por dos partidas. El chico era más alto que yo, tenía cabello rojo medianamente largo, le llegaba a las orejas y lo tenía peinado hacia atrás. Era delgado, podía ver los huesos de su clavícula que sobresalían del cuello de la playera que usaba, similar a la mía. Tenía los labios resecaos y los ojos hinchados como si hubiera llorado mucho tiempo. Me recordó a mí cuando llegué por primera vez al lugar. No sabía si lloraba más por Luka, por la idea de estar encerrado en ese lugar o por estar volviéndome loco.

—¿Puedo jugar? —preguntó con un susurro.

—¿Qué? —cuestionó Marie con un tono innecesariamente alto. Su voz retumbó en las paredes del salón. El loco de la esquina comenzó a reírse.

—Siéntate —le dije bajito, como si tuviera dudas de si era real o no. Ahí todo te haría dudar de tu mente.

El chico se sentó y Don le repartió sus fichas. No parecía muy interesado en jugar y los dedos le temblaban cada vez que ponía una de las fichas en su lugar. Se mordía los labios hasta hacerlos sangrar y me lanzaba miradas de vez en vez, aunque yo fingía que no las había notado. Terminamos de jugar tres partidas más, yo gané una, Don ganó otra y Marie la última. Se puso a gritar que era la reina, hasta que los enfermeros vinieron a callarla y ella los mandó al diablo. Así que se la llevaron. Don solo se levantó y se fue dejándonos sentados ahí junto a la ventana.

—La bruja fue real —me dijo en voz baja.

—¿Qué? —no me miró, no lo repitió. Comencé a pensar que no había dicho nada en primer lugar.

—Que la bruja fue real. La de tu casa.

—¿Cómo sabes eso? —Había salido en el noticiero, pero en el hospital no te ponían las noticias. Solo dejaban películas viejas y caricaturas para bebés. Él se rascó la nuca y humedeció sus labios con la lengua.

—La he visto también —dijo más alto y no se preocupó por si alguien podía escucharnos. A nadie le importaba. Los locos no prestaban atención y los cuerdos pensaban que estábamos locos.

—¿Dónde?

—Aquí —respondió y levantó los hombros.

Lo miré atónito. No sabía si podía creerle porque era un paciente en el psiquiátrico. Pero era el mismo lugar donde yo estaba encerrado sin saber si estaba loco. Era una emoción contradictoria. Saber que alguien me creía

por fin, con la desconfianza de pensar que podía ser solo un loco más.

—Pruébalo.

Torció la boca, como si estuviera fastidiado y suspiró. Se puso de pie y se alejó por el pasillo dejándome solo.

Esa noche soñé con Luka. Soñé que corríamos en un campo verde, como los árboles afuera de mi ventana. Y él ladraba y saltaba con sus patitas diminutas y yo me sentía feliz. Estaba tan feliz de verlo ahí.

□□

Luka era un perro de caza o eso creía, según lo que encontré en internet después de rescatarlo, cuando creció un poco y parecía que no sería muy grande. Miré las fotografías de internet y después lo miré a él. Eran casi idénticos. No me importaba qué clase de perro era, pero creí que era importante que él supiera sus raíces. Creo que todos tenemos el derecho de saber de dónde venimos. Se lo expliqué sentado en mi cama con los pies cruzados. A él no le importó y no dejó de mordirme los dedos de las manos.

Recordé ese día sentado en una banca en el jardín. Aún soñaba con Luka y al despertar volvía a ese momento, cuando la criatura (bruja) lo aplastó como si fuera nada. El pecho me dolía de nuevo. Quizá nadie entendería mi sentir. No se trataba de mi mamá o mi papá o mi hermano, pero Luka había sido especial para mí, se había ganado un espacio en mi corazón tan grande como no creí que fuera posible. Mi compañero, tan tierno y noble que me amaba. Solo los que habían tenido uno así en su vida, podrían comprenderme.

Me dejaban salir a sentarme un rato cada mañana después del desayuno. La mañana era fría y me gustaba sentarme bajo los rayos del sol que eran muy suaves a esa hora. El chico pelirrojo no había vuelto a hablarme desde esa ocasión. De hecho ni siquiera me miraba cuando nos cruzábamos en el centro. Era extraño, me hacía sentir deprimido de alguna forma, como si hubiéramos sido amigos y de pronto yo ya no existía, aunque no cruzamos más de unas cuantas palabras. Por un momento tuve la sensación de que él me entendía, de que no estaba loco, o quizá ambos estábamos locos y eso era de alguna forma, mucho mejor.

Todavía no sabía cómo sentirme con todo eso. Es decir, cada vez estaba más seguro de lo que sucedió aquel día, de la criatura (bruja), el fuego y Luka. Por un momento pensé, que quizá si alguien más veía lo que yo (aunque fuera el paciente del mismo psiquiátrico), eso significaría que no

estaba loco.

Pero eso podría ser mucho peor porque, ¿qué diablos iba a significaba eso? ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? Tenía tantas preguntas sin respuesta. Me volvería loco tan solo con ellas.

Capítulo 3

Capítulo 4

Las cosas fueron demasiado diferentes. Y sabía que había un ingenuo al pensar que no sería así.

En primer lugar, mis papás me seguían a cualquier lugar dentro de la casa, como si tuvieran miedo de que en cualquier momento prendiera fuego a las paredes. Me sonreían incómodos cuando los descubría asomados a escondidas en la puerta o la ventana. Habían pedido un permiso de un par de semanas para poder concentrarse en mí y en mi recuperación después de salir del hospital. Alex estaba a mitad de semestre, por lo que yo tenía la total y completa atención de mis papás durante toda la tarde. Qué afortunado.

A finales de la primera semana estaba aprendiendo a acoplarme de nuevo a mi vida. Había hablado con mis amigos varias ocasiones y, aunque ninguno me había preguntado qué fue lo que pasó, sabía que se morían por hacerlo, pero yo estaba cansado y solo quería olvidar todo así que no les di muchas oportunidades de abordar el tema.

Aceptaron ir a visitarme y, como mis papás estaban en la etapa de 'acabamos de recuperar a nuestro hijo pequeño' no se negaron a recibirlos. La casa actual no estaba tan lejos de la anterior, quizá a un par de horas de viaje podía volver a conectarme con la ciudad y la vida normal. Pero no estaba listo. Lo supe una tarde en que pensé en hacerlo, solo pensé en ir hasta el muelle, subir al ferry y quizá ser una persona normal. Tuve un inevitable ataque de pánico ante esa simple idea porque había personas allá. Personas que quizá sabrían mi historia, que pensaban que yo estaba loco o quizá esa cosa volvería a aparecerse y entonces todo se repetiría. No estaba listo para eso así que volví y me encerré en mi habitación para jugar videojuegos.

—Mierdaaaa. Eso de la isla no era broma, ¿eh?

Sonreí incómodo. Mis amigos bajaron del ferry y se turnaron para abrazarme. Nuestro grupo consistía de cuatro personas. Primero estaba Mateo, era el más alto de nosotros, tenía piel morena y unos inusuales ojos verdes que resaltaban y lo hacían llamativo y, según las chicas, muy sexy. Tenía una amplia sonrisa y parecía que había ido al gimnasio más tiempo, los músculos de sus brazos se marcaban cada vez que los flexionaba. Era directo, un rompecorazones sinvergüenza.

Luego estaba Lisa, tenía mi estatura, era pelirroja natural y tenía muchas pecas en el rostro que ella detestaba. De complexión delgada y se vestía como una chica ruda y gótica. Me recordaba a Alex. Ella era reservada, callada con los demás fuera del grupo, pero no tenía problemas en defender su punto de vista ante quien fuera necesario. Tenía muchos

chicos interesados en ella, pero yo creía que probablemente sus intereses fueran distintos. No hablábamos mucho de ello porque no era importante. Ella podría amar a quien quisiera.

Finalmente estaba Andreu. Un chico de ascendencia francesa con cabello rizado y castaño. Usaba unas gafas ridículamente grandes que hacían que su rostro luciera más pequeño. Él siempre estaba preocupado por algo, fuera o no real, o probable. Era más bajo que yo por algunos centímetros y tan delgado que podría romperse con la fuerza equivocada. Le gustaba usar ropa holgada de colores pastel así que recibía muchas burlas en la escuela. Sí era gay, pero yo no creía que su elección de ropa tuviera algo que ver.

Verlos ahí me hacía sentir extraño. Como estar dentro de la realidad, pero lejos de ella. Una combinación extraña entre lo que había sucedido antes y lo que estaba pasando ahora. Eran familiares, pero ajenos de alguna forma. Dejé que Mateo me despeinara el cabello, que Lisa me abrazara más tiempo que ellos y que Andreu me preguntara si no había animales venenosos en la isla porque no llevaba ningún antídoto con él.

—Es decir, intenté conseguir uno, pero hay tantos tipos diferentes que no supe cuál debería de traer —explicó. Después se acomodó las gafas y comenzó a morderse los labios con nerviosismo.

—No hay nada venenoso —mentí. Ni siquiera lo sabía. Él asintió como si me creyera y se metió al auto.

—¿No hay nada cerca? —preguntó después cuando llegamos a la casa y miró alrededor.

—Nada más que árboles —contesté siguiendo su mirada.

—¿Y qué pasa en una emergencia?

—¿Como qué?

—No lo sé. Cualquier cosa. ¿Y si necesitas a la policía? ¿A los bomberos?

—Andreu, para ya. —Mateo le pasó el brazo por los hombros—. Te va a dar un infarto, hombre. No eres tú quien vive aquí, así que estás a salvo.

—Creo que es una casa muy linda —dijo Lisa y sacó su cámara instantánea para comenzar a tomar fotografías de los alrededores—, aunque es demasiado silencioso.

Entramos a la habitación después de que mis padres los saludaran y preguntaran por la escuela y sus familias. Me sentí perdido al escucharlos hablar de todo lo que pasó mientras yo no estuve porque me habían

metido a un psiquiátrico después de alucinar algo que quizá era real. Casi había olvidado que la vida siguió incluso si yo no había estado ahí para seguir con ella.

—Dios, mira esa vista. —Lisa prácticamente corrió hasta la puerta corrediza y se pegó al cristal.

—¿No te preocupa que alguien pueda entrar por ahí? —preguntó Andreu cuando se sentó en el borde de la cama.

—No... —Bueno no antes, ahora lo hacía.

—Si te soy sincero, no podría vivir aquí —comenzó Mateo—. Es decir, viejo, estás lejos de todo. ¡Todo! ¿Al menos hay chicas lindas por aquí? —Me encogí de hombros porque no lo sabía. Ni siquiera había pensado en eso.

La verdad era que no estaba muy seguro de mi sexualidad. Me había sentido atraído a las chicas, aunque nunca tuve una novia porque era pésimo para socializar, pero también me había fijado en los chicos. Era algo... espontáneo. Podía ver a una chica y decir guau es linda, pero después veía a un chico y pensaba diablos es atractivo. Nunca le dije eso a nadie porque no pensaba que fuera necesario. Es decir, ¿qué más daba quién me gustaba? A mí me daba lo mismo y no estaba listo para ponerme una etiqueta solo para que los demás pudieran juzgarme.

—A mí me gusta —respondió Lisa y se sentó en el suelo con la espalda contra la cama—. Es tranquilo, silencioso, rodeado de naturaleza... diablos, Mateo, quita esa expresión de asco. Deja de pensar con el pene, maldita sea. En la vida hay más que chicas lindas.

—¿Celosa, Henrik? —sonrió levantando las cejas. Lisa odiaba que usáramos su apellido. Ella le sonrió con desprecio y le enseñó el dedo medio.

—¿A ti te gusta? —preguntó Andreu llevando la atención hacia mí. Yo seguía de pie junto a la puerta sin saber en realidad cómo volver a encajar con ellos. Me sentía como un impostor, un mentiroso metido en el disfraz de su amigo y no sabía cómo superarlo.

—Sí. Bueno, es decir, creo. Supongo que sí. —Me encogí de hombros—. No es como si pudiera cambiar las cosas.

—¿Qué fue lo que pasó?

Ahí estaba la pregunta que yo no quería responder.

Comencé a toquetearme los nudillos, de pronto mi boca se sentía muy seca y no me sentía capaz de pronunciar ni una sola palabra. Me encogí de hombros, con la mirada en el bosque del otro lado. Sabía que ellos esperaban una respuesta, pero no tenía ninguna. Al menos ninguna que pudieran creer o que tuviera sentido. Nada tenía sentido, ni siquiera para mí.

—No quiero hablar de eso —dije por fin, sin mirar a nadie. Nos quedamos atrapados en un largo silencio después de eso hasta que Mateo habló.

—Huh, ¿eso es Héroes de Leyenda? —preguntó señalando el mueble de videojuegos—. Muévanse inútiles, soy el maestro del juego.

—El maestro en hacer trampas, quizá —dijo Lisa, rodando los ojos.

Ellos siguieron discutiendo sobre si una victoria con trampas podía contar como un triunfo o no. Yo me senté en la cama riéndome de vez en cuando de lo que decían o de la forma en que Mateo maldecía tanto al perder. No volvieron a preguntar sobre lo que había pasado, pero supe que las cosas entre nosotros no volverían a ser las mismas. Habían grietas, eran grandes y profundas y me impedían acercarme a ellos. Era como si el Dean de antes se hubiera desaparecido en ese incendio y yo solo era un fantasma, una sobra de lo que era.

Se fueron unas horas más tarde, me prometieron que volverían a visitarme, que seguiríamos viéndonos. Juramos hacer planes juntos para ir a la ciudad, al cine y a los videojuegos, pero al menos yo sabía, que eso no iba a pasar. Lo único que desconocía era la forma en que sucedería. Sea como sea, esa fue la última vez que los vi.

□□

Después de desayunar y de soportar el terrible interrogatorio de "*¿estás bien, Dean? ¿Quieres que llame al doctor Castle? ¿Has tenido más pesadillas?*" Salí de la casa sin tener un rumbo fijo. Había deseado tanto salir del psiquiátrico para poder volver a mi vida normal, pero ni siquiera podría hacerlo porque ahora vivíamos en una maldita isla y yo ni siquiera podría ver a mis amigos de nuevo porque la escuela era diferente. Giré hacia la derecha por un camino de rocas y ramas entre los árboles. Caminé por él siendo muy consciente de que podría perderme, deseándolo por un momento. Mis dedos tocaban los troncos y las ramas, me llené del aroma a humedad y hierba y escuché los sonidos de las aves en el cielo y otros animales entre los arbustos.

Al final del camino había un lago ancho y transparente que se conectaba con el mar más allá de donde me encontraba yo. Me concentré en el sonido del agua, en la naturaleza a mis espaldas y por un momento olvidé todo lo que estaba pasando. Me sentí tranquilo y libre y pensé que tenía

un futuro por delante. Que había mucho que vivir todavía y aunque todo esto había sido un pequeño desvío, pronto las cosas se acomodaría.

Ingenuo. No sabía si algún día dejaría de serlo.

Primero escuché un sonido entre los árboles a mis espaldas y una alarma se disparó en mi mente. Me volví de inmediato intentando ver qué era mientras intentaba tranquilizarme.

—No es nada —murmuré para mí—. Un animal. Solo es un animal.

Comencé a retroceder por puro instinto cuando el sonido se movió a mi izquierda. Metí un pie en la orilla del lago y me mojé hasta la pantorrilla. Solté una maldición baja al mirar mi ropa y cuando volví la vista hacia el bosque, la vi.

Exactamente igual a como la recordaba, con su vestido roto y su cabello sucio sobre el rostro. Esos ojos brillantes mirándome, con la cabeza torcida de una forma inhumana. Toda ella estaba inclinada hacia atrás, como si le hubieran roto la espalda y cuando sonrió y la sangre cayó, recordé las palabras del pelirrojo: "*No la enfrentes. Nunca la enfrentes. Si ella aparece, huye*" así que emprendí la carrera en la dirección contraria, en la orilla del lago. Podía escucharla y no tuve que girarme para saber que ella estaba arrastrándose detrás de mí. Aún así miré por encima del hombro y fue la peor escena sacada de una película de terror porque su cuerpo parecía contorsionarse mientras se movía demasiado rápido. Ahogué un grito porque nadie podría escucharme y, aunque lo hicieran, ¿qué podría decirles que no hayan escuchado antes?

Me encontré entonces de frente al lago sin poder escapar. Solo tenía dos opciones, el lago al que me enfrentaba o el bosque por donde ella venía hacia mí. Me giré frustrado buscando otra escapatoria, pero ella estaba tan cerca que entré en pánico y lo único que se me ocurrió fue comenzar a sumergirme en el agua. Era la escena en donde le gritabas al protagonista de la película que eso era una mala idea. Bueno yo era el protagonista y sí era una mala idea, pero no tenía de otra. El agua estaba helada y el cielo nublado no ayudaba para nada. El nivel subía poco a poco, por mis piernas, mis caderas, mi pecho hasta llegar a mi barbilla y entonces tuve que comenzar a nadar. Pensé en girar para ver si ella estaba ahí. No pude evitar gritar cuando la encontré justo detrás de mí con una sonrisa aún más amplia.

Se subió sobre mí. Ella literalmente saltó del agua para caer sobre mis hombros hundiéndome hasta que toqué el suelo rocoso. Era tan delgada y no entendí como es que podía sentirse tan pesada porque no importaba lo mucho que yo luchara, ella no se movía. Seguía sonriendo, lucía satisfecha y me llené de aún más pánico mientras el aire escapaba de mis

pulmones.

No quería morir. Quería seguir viviendo y ver a Alex casarse y a mis papás con sus miradas secretas llenas de amor. Quería ver el mundo y quería encontrar a alguien a quien amar y ser feliz. Aún me quedaba tanto por vivir.

O quizá no. Quizá todo iba a terminar ahí porque cuando la oscuridad me invadió y dejé de moverme, lo último que vi fueron sus ojos brillando.

Capítulo 5